

VI

El señor de Bogdanetz, interrogó al explorador, acerca del número de enemigos y acerca de su proximidad, contestándole aquel que no pasaban de ciento unos á caballo y otros á pie. El capitán que los conducía no era un templario, sino un alemán. Dijo que el destacamento, avanzaba ordenadamente, é iba precedido de un pequeño grupo de gente armada que iba en descubierta, explorando el terreno; finalmente el enemigo no distaba más de un cuarto de milla.

Zbishko no sintió gran contento al escuchar que avanzaban en perfecto orden militar porque sabía lo difícil que resultaría romper las filas de los alemanes que unidos de un modo formidable formarían una compacta muralla.

Alegróle sin embargo saber que solo estaban á un cuarto de milla porque pensaba que los soldados que había destacado de su ejército, podrían sorprenderles por la espalda y servir la embestida para desordenar las filas enemigas.

Sobre la llanura polvorienta aparecieron finalmente los soldados alemanes, con su capitán á la cabeza que con un gesto imperioso imponía silencio.

Zbishko, Matzko, Glava, dos caballeros de Lenkavitz, tres jóvenes caballeros también de Tzechanov adelantáronse al frente del ejército; Zbishko deseaba sembrar el desorden en el enemigo, porque así en combates parciales sería más segura la victoria.

Oíase á los alemanes claramente y hasta la voz del capitán llegaba distintamente.

Zbishko dispuso á sus soldados en triángulo; el arma común era la pica.

Los alemanes comenzaron á entonar su canto sagrado, que como una amenaza funeral resonaba lúgubrementemente en el bosque.

—¡Dentro de pocos minutos!—murmuró Matzko, el cual sentía verdadero deseo de combatir, acordándose del hierro de lanza que tantos dolores le produjo; la hora de la venganza se acercaba.

El cántico de los alemanes oíase distintamente.

¡No hay rosas en la campiña  
Tandaradeil  
Pronto empezará la riña  
por la patria y por el rey.  
Tandaradeil

Apenas terminó la estrofa cuando de todos lados se alzó un tremendo graznar de cuervos que parecía un fatídico anuncio de muerte. Los alemanes se asustaron y asombraron á un tiempo de aquel extemporáneo graznar de tantas aves á la vez y apresuraron la marcha.

Zbishko, seguido de muchos de sus soldados se lanzó sobre los alemanes y por todas partes en el bosque levantóse un grito de guerra.

Los alemanes aún cuando sorprendidos no se asustaron ni retrocedieron. Bajando sus largas picas, esperaron á

pie firme la embestida. Los caballos no podían romper la pared de acero que ante ellos se presentaba. Matzko y Zbishko sacaron sus espadas. Uno de los nobles de Lenkavitz cayó muerto y las espadas chocaban unas contra otras furiosamente, y los alemanes resistían con obstinación. Algunos soldados de Semud, subieron á los pinos para herir al enemigo con sus flechas.

Los alemanes, aún cuando no esperaban vencer, imaginaban que hallarían su salvación en la fuga, pero de repente, consiguió abrir brecha en las filas alemanas unos caballeros, bajáronse dos ó tres picas, y por aquel boquete, como torrente que rompe el dique, lanzáronse Zbishko, Matzko y Glava, esparciendo el desorden entre los adversarios, que desmoralizados, vencidos rodeados de grupos de feroces lituanos vendían caras sus vidas sin conseguir más que la carnicería aumentara, que la sangre corriera á torrentes, que al grito de los moribundos se mezclara el jay! de los heridos.

Únicamente resistía en el centro del bosque un grupo de alemanes á caballo dirigidos por el jefe de la expedición que era un caballero que llevaba una coraza de reflejos azulados, y un casco reluciente con la visera bajada.

Una lluvia de flechas caía sobre soldados y caballeros. Imposible parecía que los del grupo resistieran mucho tiempo, pero alentados por su capitán, luchaban desesperadamente, hasta que comprendiendo el jefe que la resistencia no era posible, lanzando un grito convenido, hizo dispersar á sus hombres, mientras él, metiendo espuelas á su caballo, trataba de abrirse paso á través de las filas enemigas. Poco duró su esperanza; había derribado ya dos hombres con su montante, cuando apareció Zbishko con la cabeza ensangrentada y le cerró el camino.

—¡Maldición!— exclamó el capitán, y tiró un tajo á Zbishko, sin que por fortuna le diera.

Zbishko entonces, con su robusto brazo, arrancó al alemán de la silla y los dos cayeron rodando por el polvo.

Lucharon ambos largo rato; pero al fin, sofocado por el peso de la armadura, desmayóse el alemán.

—¡Pronto, aquí, atadle!—gritó Zbishko á Matzko y á Glava,—¡es un caballero!

El techeque saltó de su caballo, y viendo el estado del vencido, en vez de atarle, le quitó la coraza para que respirase mejor. Al quitarle el casco, lanzó un grito de estupor.

—¡De-Lorsh!

—¡De-Lorsh!—repitió Zbishko con alegría feroz.

El alemán permanecía inmóvil, semejante á un cadáver.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV. T. RA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

De-Lorsh fué colocado en un carro, y Zbishko y Matzko corrieron en persecución de los alemanes. Matzko, según la costumbre caballeresca, le ofreció batirse con él; pero el alemán, fingiendo no entenderle, espoleó su caballo, huyendo. Entonces el anciano, atajándole, le dió tal golpe que caballo y caballero cayeron al suelo. El combate habia adquirido el aspecto de una caza sangrienta. Eran los ciervos los alemanes, y los cazadores los polacos.

Los soldados de Semud causaban horribles estragos en las filas alemanas, las cuales se rompian, y sus soldados huían entre las altas yerbas ó se ocultaban en lo más espeso del bosque. Viendo que no podían ni vencer ni huir, rindiéronse por fin.

Entonces, el anciano caballero de Bogdanetz, acompañado de Zbishko y de Glava, volvió al sitio del primer combate, donde yacían muchos alemanes, á quienes despojaban.

Ahora la alegre esperanza se reavivaba como fuego al que se añade combustible. Los cadáveres eran tantos que no podía darse sepultura á todos; Zbishko mandó abrir una huesa para dos nobles de Lenkavik á quienes se de-

bio en gran parte la victoria, y con la espada grabó una cruz en un pino que se erguia junto á la tumba. De-Lorsh volvió en sí y quedó al cuidado de Glava, cuyo dueño fué á prestar auxilio á Skirvoillo.

Después de larga jornada se llegó á una llanura donde habia numerosos alemanes muertos; Zbishko comprendía que el gran capitán habia alcanzado una victoria, pero á caro precio, pues también yacian en tierra muchos polacos.

Matzko dijo que gran parte de los alemanes habian podido ponerse en salvo; pero que no era posible saber hacia dónde huyeron.

La lucha debía haberse empeñado antes que la reñida por Zbishko, porque los cadáveres se descomponían y los lobos los habian mordido ya. Decidió volver al campamento. En él estaba Skirvoillo sonriente y contento.

Cuando Zbishko le hubo contado lo que ocurrió, dijo:

—Estoy satisfecho; tardará en llegar auxilio á los sitiados. Si el príncipe viniese podríamos ofrecerle el castillo.

—¿A quienes hicisteis prisioneros?

—A ningún pez gordo.

—Yo sí; un caballero poderoso.

Skirvoillo tomó una cuerda é hizo ademán de estrangular á alguién.

—Le trataremos como á los otros.

Zbishko frunció el entrecejo.

—Es mi prisionero y amigo y no quiero que se le ahorque.

—¿No quieres?

—No.

Los dos guerreros se miraron con cólera; pero Zbishko, que respetaba al gran capitán, le estrechó la mano y dijo:

—Si le matas pierdo toda esperanza.

Skirvoillo se calmó.

—Mañana mataré á mis prisioneros. Si quieres alguno de ellos, te lo cedo.

Y se alejó.

Glava trajo al prisionero sin armas ni armadura. De-Lorsh, que supo de quien era prisionero, adelantó con altanería.

—Dad gracias á Dios por haber caído en mis manos,—dijo Zbishko alargándole la mano al alemán, que no se movió:

—No doy la mano,—dijo,—á caballeros que con auxilio de los moros luchan contra los cristianos.

Zbishko tocó sin advertirlo la empuñadura de su daga. De-Lorsh dijo con sarcasmo:

—Eso es; matadme; ya sé que no perdonáis á los prisioneros.

—¿Habéis perdonado acaso á los guerreros de Semud?

—Eran paganos.

Zbishko replicó con gravedad:

—Señor De-Lorsh, ya sabéis. puesto que fuimos armados caballeros por la misma mano, que no falto jamás al honor y que no miento. Muchos de los paganos quieren convertirse; ¿sabéis quién se opone á su bautismo? Los alemanes.

—¡Imposible!

—Sí, si esa gente fuese bautizada, los alemanes no tendrían excusa alguna para combatirla.

—Yo creí que querían redimir á este pueblo.

—¡Ja! Bautizándolo con la espada. Leed esta carta.

Zbishko alargó el documento que el pueblo de Semud había enviado á los nobles. De-Lorsh se asombró.

—¿Es verdad lo que dice este escrito?

—Como hay Dios.

De-Lorsh murmuró:

—Soy vuestro prisionero.

—Dadme la mano; sois mi amigo.

Los dos caballeros cenaron. De-Lorsh supo que, á pesar de la carta del gran Maestre, Zbishko no había hallado á

Danusia, y que los comtur no querían leer siquiera aquella misiva.

De repente exclamó:

—Con el destacamento que se dirigía á Gottesverder iban De-Raden y De-Lôve; ¿no les habéis hecho prisioneros?

—No. Pero sí á algunos de sus soldados. Voy á informar de Sigfrid antes que los maten.

Y Zbishko, seguido de Glava y de Lorsh, se acercó á los prisioneros.

—Dame libertad provisional,—dijo De-Lorsh,—y buscaré á Danusia por toda Germania;—cuando os la devuelva me libentaréis definitivamente.

—¡Con tal que viva!—exclamó desconsolado Zbishko. Los prisioneros estaban junto á ellos, unos de pie, otros tendidos. Uno se adelantó gritando:

—¡Salvadme, dueño mío!

Zbishko se acercó con una antorcha en la mano.

—¡Zanderus!—exclamó.

—¡Zanderus!—repitió Glava.

El mercader gritó:

—¡Piedad! Sé donde está la hija de Jurand, ¡salvadme!

VIII

Los siervos desataron á Zanderus, que estaba aterido de frío y tenía los miembros agarrotados. Se acercaron al fuego, le dieron bebidas calientes y se durmió después de tal modo, que no hubo manera de hacerle soltar una palabra.

Al día siguiente, pensando en el peligro corrido, empezó á llorar y á lamentarse de los cruzados, de quienes dijo que le habían robado las mercancías y atádole á un árbol, donde las hormigas le picaban cruelmente.

Zbishko, con tono imperioso, dijo:

—¡Respóndeme ó te ahorco!

—Mira que aquí cerca hay un hormiguero,—añadió Glava.

—¡Piedad!—exclamó Zanderus.

—Si dices una sola mentira, te hago colgar.

Zanderus bebió uno tras otro dos tazones de leche.

—Estoy pronto,—dijo á Zbishko, que replicó:

—¿Mi mujer iba con el destacamento en que tú estabas?

Zanderus, que ignoraba el casamiento, mostró gran asombro.

—Sí, ilustre señor,—contestó;—pero Sigfrid y De-Raden han podido huir.

—¿La has visto tú?

—No; pero sí la litera; la acompañaba aquella monja que estuvo en el «pabellón de caza». Danusia cantaba una canción melancólica.

Zbishko palideció, tembláronle las piernas; los demás se miraron sin saber qué decir.

Matzko, que no conocía á Zanderus y era desconfiado por naturaleza:

—¿Quién eres y qué hacías entre los cruzados?

—¿Quién soy? Preguntádselo al príncipe Sbishko y al valeroso tcheque que me conocen.

Después, volviéndose hacia Sbishko, añadió:

—Me habéis salvado de los lobos y de los criados del obispo que me perseguían; ¿queréis mandar que me den más leche, aun cuando sea agria como la que me he tragado?

—¡Basta de bromas, bufón!—gritó Matzko.

Zanderus bebió y dijo:

—Deciros cuánto he andado y cuánto me ha ocurrido, sería cosa de nunca acabar. Básteos saber que volví á ver á Danusia y que desde entonces he seguido á Sigfrid como su sombra y no le he abandonado hasta que en el combate me hicisteis prisionero.

Zbishko dijo;

—Te doy gracias, te premiaré: ¿puedes jurarme que vive?

—Lo juro.

—¿Sabes por qué De-Lôve abandonó Tseitna?

—No lo sé, señor. Pero quizá es que le teme al gran Maestre, quien ordenó que se devolviera la joven á la princesa de Masovetzk. Sigfrid está además desconsolado por la muerte de Rotgher, que dicen que era su hijo. No sé lo que el gobernador piensa hacer; pero me parece que no dejará escapar á la señorita.

—Todo esto me parece raro; si el viejo estaba airado contra Jurand, hubiese matado á su hija.

—Tal era su intención: pero cuando subía á la torre para matar á Danusia, dicen que se le apareció un demonio. Otros afirman que fué un ángel. Lo cierto es que le hallaron sin sentido sobre la nieve del patio y que cuando le recuerdan la escena palidece y tiembla y demuestra que no se atreverá á matar á Danusia.

Zanderus añadió después de una breve pausa.

—Sigfrid se halla en un estado horrible. De continuo está en comunicación con los espíritus de los muertos. A veces habla con De-Danfald; otras con Rother. Yo le oí que decía: «no puedo, no puedo». Y otro día preguntó al espíritu: «¿Esto te tranquilizará, hijo mío?» Pasa días enteros sin que Sigfrid hable con nadie; su rostro siempre está triste, hasta cuando custodia la litera de la señora, á quien nadie ha visto.

—¿Y la maltrata?

—Nunca se han oído quejas ni ayes; pero Danusia canta con infinita tristeza.

—¡Maldición!—murmuró Zbishko.

Matzko dijo:

—Basta. Habla de la batalla. ¿Sabes hacia dónde se fueron los cruzados?

—Combatieron primero con ardor: pero rodeados de enemigos iban á caer prisioneros cuando Arnolfo De-Baden rompió las filas enemigas y por la brecha escapó con la litera y el comtur.

—¿Nadie les persiguió?

—Sí, pero en vano, porque Arnolfo daba golpes terribles: cayeron muchos de sus soldados y él mismo fué herido; pero entre tanto Sigfrid y la litera huían velozmente.

Matzko, que sabía que habían muerto muchos soldados de Scmud, preguntó:

—¿Cómo viste todo esto?

—Porque me cogí á la cola de un caballo de la litera. Recibi una coz y caí sin sentido.

Zbishko preguntó:

—¿En qué castillo se había ocultado De-Lôve?

—No sé; han ardido muchas aldeas y castillos; creo que ahora estarán en el bosque, y que tratarán de ir al castillo á que se dirigen antes de la lucha.

—Quizá sí.

Zbishko quedó pensativo un momento y luego dijo:

—Glava, prepara hombres y caballos; marcharemos en seguida.

El escudero fué á cumplir la orden. Matzko preguntó:

—¿Donde queréis ir? Ahora...

El joven le interrumpió, diciendo:

—Es deber mío.

Lanzó un suspiro el viejo y dijo:

—Ya lo sé.

Zbishko, acercándose á De-Lorsh:

—No puedo pedirlos que combatáis contra la bandera bajo la cual militasteis; os dejo en libertad.

—No puedo ayudaros con mi espada; pero quiero ser vuestro prisionero. La Orden os dará por mi rescate la cosa ó persona que le pidáis, porque mi familia ha prestado grandes servicios á los cruzados.

Saludáronse ambos caballeros y De-Lorsh dijo:

—Voy á Malborg y luego á Masovetzk. Sabéis dónde hallarme. Bastará que vuestro enviado me diga estas dos palabras: «Lotaringia-Gheldern».

—Bien,—replicó Zbishko,—voy á advertir á Skirvoillo para que no os molesten.

Skirvoillo hizo de buen grado lo que Zbishko le pedía.

Partió De Lorsh, y Zbishko halló un destacamento preparado para marchar. Matzko estaba inmóvil en la silla.

—¿Venís?

—Sí,—contestó con buen acento Matzko.

Zbishko montó; Zanderus hizo de guía. El joven espe-

raba encontrar habitantes de la comarca que se le unieran para combatir á los cruzados y anhelaba medir sus armas con el fuerte Arnoldo, el espantajo de los guerreros, como le llamaba Zanderus.

IX

El camino que llevaba al punto en que Skirvoillo había derrotado á los alemanes, era bueno. Los soldados de Zbishko lo atravesaron tomando por senderos á fin de no respirar el aire emponzoñado por las emanaciones cadavéricas.

Matzko, que observaba el terreno, dijo:

—Por aquí debe haber pasado Arnoldo, porque se ven las huellas de un gran caballo. Con la ayuda de Dios hallaremos á esos canallas, si no están encerrados en algún castillo.

—Es difícil esto, porque como los cruzados hace poco que dominan el país no han tenido tiempo de levantar ninguna portezuela. ¿Dónde pueden haberse refugiado si no en el bosque? No nos preocupemos de los caballos.

—Al contrario,—dijo Matzko,—hay que cuidar de ellos, pues entrarán por mucho en el buen éxito de la empresa.

—El caballero Arnoldo fué herido en la espalda; esa herida hará que tenga que descansar á menudo.

—¿Llevan soldados?

—Dos: los demás murieron.

—Vos atacaréis á Sigfrid,—dijo Zbishko;—yo á Arnoldo.

—Por mi no temo; pero tú, ve con cuidado, Arnoldo debe ser un gigante.

—¡Veremos!

—Sí, eres fuerte; pero los hay más fuertes que tú.

—Y yo no podré hacer nada?—preguntó Glava.

Matzko, distraído, murmuró:

—Si Dios nos ayuda y volvemos á Masovia todo habrá terminado; pero ¿y Jaghenka? Cuán cruel es el destino.

Y en voz alta exclamó:

—Nosotros somos los únicos nobles que corremos de aquí para allá entre continuos peligros. Y decir que si te hubieses casado...

—No digáis esto, tío,—interrumpió Zbishko.

Al cabo de algunos minutos el viejo dijo á su sobrino:

—¿Tienes fé en el guía?

—Sí, es un perdido, un borrachín, pero me quiere.

—Bueno, pues deja que se adelante; se unirá á los fugitivos, que no desconfiarán de él y podrá entretenerlos.

—Ahora no querrá separarse de nosotros porque ya ha cerrado la noche y es muy miedoso, mañana le diré que que se adelante.

—¿Podemos fiarnos de él?

—Sí, ya le diré que al atacar á los alemanes le ataremos fingiendo no conocerlo, pues sino temería la venganza de los cruzados si éstos sabían que era traidor.

—¿No los matarás?

—No. Si estuviésemos en Masovia, les desafiaría uno á uno; pero aquí no quiero matar á hombres casi inermes.

—¡Bueno!

—Y quisiera llevar á Sigfrid á los pies de Jurand.

—¡Dios nos proteja!—murmuró el viejo guerrero. La noche era oscura; había que dar descanso á los caballos. Zbishko habló á Zanderus y al partir el alba se puso éste en marcha.

Zbishko y los soldados hallaron al cabo de unas horas á Zanderus, que se había detenido para dar noticias de los fugitivos. Dijo que nada había visto, y en la segunda etapa expicó que se había dado con un hombre que no comprendía su lengua.

Zbishko se hallaba temeroso; ¿cómo encontrar á los fugitivos si se perdían las huellas? ¿Cómo luchar contra ellos si ganaba una comarca amiga?

No encontraron á Zanderus en la tercera etapa; pero una incisión practicada en un pino, les indicó que el mercader se había encaminado al bosque; enviaron entonces algunos soldados que exploraran el camino.

En el bosque vieron bastantes árboles señalados por Zanderus y ésto les indicó que alcanzarían á los fugitivos.

El sol tocaba á su ocaso y el bosque estaba silencioso; los ginetes é infantes adelantaban con cautela.

—Han transcurrido ya tres horas,—dijo Matzko,—y Zanderus ya estará con los alemanes. Es de esperar que no nos traicionará.

—No lo creo.

—¿Le creerán?

—¿Por qué no? Los cruzados no sospecharán de él porque no es la primera vez que se escapa un prisionero.

Zbishko rezaba; Matzko se santiguó. Salió un hombre de entre la maleza.

—¡Aquí están!—gritó.

—¡Calla!—dijo Zbishko desmontando.

Matzko, tcheque y los soldados refrenaron los caballos.

—¡Atad y no matéis!—ordenó Matzko.

Zbishko murmuró al oído de su tío:

—Batíos con Sigfrid; yo me batiré con Arnaldo,

—Comprendido,—dijo Matzko haciendo seña á Glava de que estuviera dispuesto á auxiliar á su señor.

Glava demostró haber comprendido y Zbishko, que notara la mímica, dijo:

—Estate junto á la litera. Ay de tí si la abandonas.

Los guerreros avanzaron con rapidez por entre las cabañas de los campesinos que recogen resina. Junto á una de esas cabañas estaban sentados dos caballeros, un criado y Zanderus, que limpiaba una coraza.

—Mira,—dijo Matzko;—se ha apoderado de sus armas y corazas.

—¡Sus y á ellos!—gritó Zbishko.

Los alemanes se levantaron; Matzko cayó sobre Sigfrid y Zbishko contra Arnaldo; el criado que estaba junto á Zanderus tomó la espada, pero Vit le hendió la cabeza de un hachazo; se ató á Zanderus que gritaba como un condenado.

Zbishko dió con un adversario terrible; le asestaba golpes que le hubiesen roto las costillas, á no ser por la coraza milanese; el joven logró coger al alemán por la gola, y haciéndole la zancadilla, cayó con él al suelo.

Matzko fué en su ayuda después de desarmar á Sigfrid y ayudó á atar los pies á Arnaldo, sobre quien se sentó como si fuera un jabalí muerto.

Arnaldo aullaba porque le dolía la herida al estar apretado contra el suelo.

Matzko, al ver la palidez de su sobrino y sus ojos inyectados en sangre, preguntó:

—¿Qué tienes?

—Nada. Ayudadme á levantar.

Matzko le cogió por los sobacos y lo levantó.

—¿Podrás estar en pié?

—Sí.

—¿Padeces?

—No.



Glava, al ver que había terminado el combate, salió de una de las cabañas teniendo á la monja por el cuello.

Al verles Zbishko gritó;

—¡Danusial ¡Danusial!

La cabaña estaba á obscuras y de momento nada vió el joven. Sólo oyó la respiración anhelante de la joven.

—Soy yo, Danusia,—repitió Zbishko;—¡soy tu amado!

Dos ojos fulguraron en la sombra y Zbishko estrechó contra su pecho á la joven que decía;

—¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

---

## OCTAVA PARTE

---

### I

Ni las palabras afectuosas ni los ruegos, podían calmar la agitación que un miedo terrible había despertado en Danusia. Cuando se le ofrecieron alimentos no quiso aceptarlos, aún cuando se verá que hacía tiempo que no comía; pero al quedar sola se los comió con avidez. Al aparecer de nuevo Zbishko se acurrucó en un ángulo de la cabaña, sobre la hierba seca. En vano el joven extendía los brazos hacia ella, en vano la llamaba con los nombres más cariñosos; ni aún cuando la llama de las antorchas iluminó el rostro de Zbishko reconoció á su amado.

Con la razón había perdido la memoria.

Zbishko, al ver aquel rostro pálido, aquella piel seca, aquellos vestidos desgarrados, cogió la espada para atravesar á Sigfrid; Matzko detuvo el golpe y dijo á su sobrino:

—¡Eres loco!

—Dejadme, dejadme,

—Te dejaré, pero no debes deshonorar á tu familia. Con-